



Con José Agustín y con otros

Ferrán Gallego

Cuando se produjo la muerte de José Agustín Goytisolo, consideré oportuno, en mi calidad de responsable de formación y cultura del PSUC-Viu, hacer un acto con los jóvenes comunistas. Un acto que no sólo se refiriera a la figura de Goytisolo, a su obra, a su compromiso estético y moral, sino que permitiera establecer un contacto colectivo con una serie de poetas que fueron importantes para nosotros, los mayores, y que tal vez lo sean también para los más jóvenes.

Es decir, se trataba de realizar un homenaje en el mejor de los sentidos que pueda aún tener el término, si es que es posible que la palabra homenaje disponga aún de algún sentido positivo, después de que por ella se haya entendido la procacidad exhibicionista de lisonjas y elogios siempre a los desaparecidos, que contrastan con el peso del silencio que rodeó su existencia. O, tal vez, lo que más molesta, lo que más molestaría a quienes sufren el homenaje póstumo, sean las bendiciones otorgadas desde unas atalayas de poder literario que los ausentes homenajeados solían despreciar. Yo creo que aquí vamos a hacer algo menos pretencioso. Y, por consiguiente, más auténtico. Más sencillo, si por sencillez se entiende la

simple lealtad del lector a su propia experiencia.

Antes de seguir, quiero señalar algo que me parece obvio, pero que tal vez convenga aclarar ahora mismo. No realizamos un acto oportunista. Ni podemos ni queremos cometer la bajeza moral y la estupidez estética de apropiarnos de unos autores. Pero nos complace delatar una apropiación previa. Dar fe, buena fe, de hasta qué punto sus palabras forman parte de nuestra peripecia personal.

Hay poemas que siempre se vinculan a un momento, no forzosamente al instante en que los conocimos, sino a aquél en que tuvieron la capacidad de conmovernos porque algo sucedía al mismo tiempo, su palabra repercutía sobre una escena que sigue reiterándose con ella. Os pondré dos ejemplos. Cuando escucho "Explico algunas cosas", el poema de Neruda publicado en España en el corazón, siempre asocio los últimos versos con un acto que los estudiantes de Letras de la Universidad Autònoma de Barcelona organizamos en noviembre de 1971, para celebrar la concesión del Premio Nobel al poeta y combatiente chileno. Nunca he podido escuchar aquella sentencia repetida, "Venid a ver la sangre

por las calles", sin recordar al estudiante de literatura que nos la gritó, justo dos años antes de que las calles de Santiago fueran las que se llenaran de sangre. De igual manera, hay un poema que asocio a una experiencia privada, pero de igual importancia en mi educación sentimental. Era una de esas tardes de domingo sin prisas, de domingo de amor en casa ajena, con el cuarto sofocado por la penumbra, una luz escasa que llegaba desde el salón. Hasta nosotros dos se acercaba la voz de Paco Ibáñez, arrastrando el nombre de una chica misteriosa llamada Julia, una mujer sin rostro, una pura palabra que me fascinó por su sonido, seguramente porque mi cuerpo estaba indefenso, receptivo, porque después de hacer el amor la vida siempre parece recién hecha, te convierte en algo necesario.

Las dos experiencias son complementarias. La palabra movilizadora de Neruda, deslizándose sobre una asamblea de estudiantes; la palabra resistente de Goytisolo anotándose en el margen del mejor de los actos compartidos, celebrando con nosotros la alegría incansable de existir. No se trataba de una poesía de combate y de una poesía para la intimidad, sino de dos formas de viajar al centro de la vida.

Ya véis que, para los mayores, las conmemoraciones tienen el gusto algo amargo y solemne de los aniversarios, del paso del tiempo, como una de esas resacas con sabor a pérdida. Es algo inevitable. Porque algunos vamos a tener que recordar las urgencias de un tiempo y de una edad que ya no nos pertenece, o a los que ya no pertenecemos, no sé en qué terminos están puestas las cosas. Aunque actos como éste tengan la extraordi-

naria ventaja de poder expresarlo a quienes tienen ahora la edad con que nosotros recibimos una cierta forma de entender la literatura. Una cierta forma de entender la vida.

Buena parte de la poesía que hoy vamos a escuchar se ha llamado "poesía social". Y ha sido, es aún, una poesía denostada. Progresivas generaciones de autores, a veces incluso quienes habían escrito poemas "sociales" -y no de los mejores-, se dedicaron a rechazar esta poesía, a deformar su aliento, a teorizar su escasa calidad, creyendo que sólo se había justificado por las necesidades de una cultura panfletaria, poco exigente con los mecanismos de la construcción poética y demasiado proclive a sacrificar su rigor formal en los altares impíos de la demagogia.

Nunca he creído que fuera así. El compromiso del intelectual con el mundo que le rodea -o con las ganas de cambiarlo- viene de muy antiguo. La obra de Dickens, o la de Zola, o las descripciones que hace Flaubert de la revolución de 1848 en su portentosa *Educación sentimental* no sufren menoscabo estético al compararse con cierta novela de folletín amoroso. De la misma forma que la poesía directamente política nunca se justifica por ella misma. Sólo hace falta recordar los versos de José María Pemán en su deleznable *Poema de la bestia y el ángel* y compararlos con lo peor que hayan escrito Miguel Hernández o Rafael Alberti para entenderlo.

La obra literaria tiene siempre un valor por sí mismo. ¿Por qué, entonces, debe suponerse que la poesía llamada "social" o "industrial", como la llamó José Hierro refiriéndose al grupo de Barcelona de los cincuenta, tiene que ser, precisamente por los

temas que aborda, mala? ¿Digamos que "poco poética"?

Cuando se habla de poesía social se está hablando de una poesía que expresa, de formas muy diversas, la conciencia cotidiana de vivir. Vivir es convivir y, por tanto, un hecho social. Comunicar un acto íntimo se convierte también en un suceso colectivo, porque la literatura es, al mismo tiempo, conocimiento y comunicación. Las palabras nos sirven para organizar nuestra relación con la realidad, para personalizarla. Conocemos en la medida en que nombramos. Pero, al nombrar en un idioma concreto, aceptamos también un código de comunicación que permite convertir un acto individual en una experiencia literaria y, en función de eso, compartible.

Cuando los autores de esta "poesía social" se burlaron de otros -por ejemplo, el propio Goytisolo en "Los celestiales"-, lo hicieron desde el desprecio por la poesía cortesana, por los artilugios poco honestos ya no con la sociedad, sino con el acto literario mismo. Se reían de los congeladores de la palabra, de los que la colocaban en los frigoríficos de los sonetos renacentistas o de los que construían un artificio deliberadamente incomprensible, para alejar aquella joya sin significado de las manos sucias de la inmensa mayoría.

La poesía social no tiene por qué ser necesariamente triste. El descubrimiento de que uno vive también a través de los demás, de que uno es, a fin de cuentas, el rastro que deja en los otros, puede tener una alegría de extraordinaria corpulencia, porque indica la multiplicación de las posibilidades individuales de ser feliz.

Aunque, claro está, lo que expresa esta poesía es el malestar de un mundo en donde se podría ser feliz,

pero donde la mayoría no lo es, o no lo es la mayor parte del escaso tiempo que tenemos los humanos. Esta poesía expresa la molesta contradicción entre la belleza íntima de la vida y la crueldad, el abandono, la humillación en que la convierte quien organiza la sociedad. Por ello, la poesía es jubilosa en el descubrimiento de la vida, pero ácida con quienes la estropean, con quienes la envilecen, con quienes la ordenan de acuerdo con los intereses de unos cuantos y de acuerdo con la opresión de los más.

Esta poesía no es, por tanto, triste, sino insumisa. Y todo acto de insumisión implica una cierta carga de amargura, por los mismos motivos por los que exige lucidez. No es política, en el sentido de que aporte una alternativa programática de partido, sino social, humanista. Sus autores fueron, a veces, militantes de carnet, pero siempre prefirieron asumir el papel - con una curiosa mezcla de resignación y de entusiasmo- de compañeros de viaje, expresión que llegó a servirle de título a Gil de Biedma para uno de sus libros. Ellos se limitaron a contar ciertas evidencias, cuando lo "correcto" era silenciarlas, disfrazarlas bajo los sarpullidos retóricos del régimen. Y ese sentido común, o su contraste con el grotesco maquillaje del franquismo, los convirtió en enemigos del sistema. Más tarde, los dejó en una perpetua insatisfacción por los sueños incumplidos, por las ilusiones maltratadas. Y siguieron explicando lo que les ocurría, aunque el público fuera raleando, y la espesura de aquella fronda de antifranquistas fuera perdiendo densidad con el paso del tiempo, aunque el tiempo no sea el responsable.

La poesía social es, además, una poesía que expresa la intimidad.

Siempre me ha sorprendido la capacidad de los críticos para distinguir entre poesía social y poesía íntima. Porque lo que se expresa, lo que se comunica, es siempre una intimidad: es decir, la forma personal, pero en este caso, transferible, de vivir. Y solamente vivimos las cosas de uno en uno. A veces, con mucha suerte y extraordinaria comprensión, de dos en dos. Luis Cernuda, maestro de la generación de los cincuenta, escribió *Los placeres prohibidos* en un tono y un momento que puede hacerse paralelo a *El poeta en la calle* de Alberti, a *Viento del pueblo*, de Hernández, a *España en el corazón*, de Neruda, a *España*, aparta de mí este cáliz, de Vallejo. ¿O es que la protesta de Cernuda por el insulto y la marginación del amor homosexual, por su degradación en labios del machismo estrecho, es menos social y menos rebelde que todo aquello que pudieran cantar estos reconocidos autores de la "poesía social" durante la guerra civil?

En fin, ahora estamos aquí, entre amigos, entre camaradas, entre compañeros de viaje, para pasar un buen rato leyendo poesía. Para eso sirve, a fin de cuentas. Para sufrirla y para disfrutarla, porque el contacto con la belleza implica siempre una cierta desazón, una impresión de no captarlo todo, de que algo se nos escapa. Como el deseo, la belleza nos sugiere la posesión, pero nos concede sólo una parte de su territorio. Pero sobre todo, para disfrutarla. Porque eso pretendían los autores: construir algo hermoso, que nos alcanzara, que nos obligara a refrenar el paso y a meditar. Lo que deseaban, desde luego, era algo más -o algo menos, según se mire-: que nos gustara, que nos diera placer, que nos salpicara con alguna

parte de la experiencia que les exigió su escritura.

Y para disfrutarla en compañía. Aún estamos aquellos que venimos desde otra generación, y que escuchamos por primera vez los poemas de Otero, de Celaya, de Goytisolo, pero también de Góngora, de Quevedo, del Arcipreste de Hita, en la aspereza indignada y tierna de Paco Ibáñez. Paco Ibáñez fue importante porque nos permitió llegar con mayor facilidad no sólo a la lectura individual, sino a la audición colectiva. Pudimos cantarla juntos, en aquellos años triunfales, cargados de madrugones fríos de pintadas y octavillas, de asambleas que nos multiplicaban en multitudes de jóvenes airados, de manifestaciones que nos permitían pisar el asfalto con el aire impune de los seres libres, con el viento restallando en las pancartas y las grandes consignas repercutiendo en el aire. Durante la larga noche a través del franquismo, cuando hacíamos todos juntos la cuenta atrás de lo que le quedaba al dictador y a su régimen para ser sólo historia, para ser el peor lado de nuestra propia memoria. Cuando aullábamos el famoso *A galopar*, pero también cuando entonábamos las estremecedoras *Palabras para Julia*, demostrando ese equilibrio entre el grito de guerra y el grito de intimidad que posee la verdadera poesía, sea cual sea el apellido que quiera dársele.

La época de nosotros, los de entonces, la época de los que ya no somos los mismos, estuvo atestada de una indignación por el mundo que nos había tocado y de las esperanzas por las claras posibilidades de cambiarlo. Nuestra alegría de vivir se verificaba a través de nuestra impresión de que la revolución era no sólo nece-

saría, sino también posible. ¡Pero si todo el mundo lo decía! Nos lo decían nuestros compañeros de clase, antiguos radicales convertidos en funcionarios enmoquetados. Nos lo decían en los aquelarres revolucionarios los iracundos agitadores del cóctel Molotov, que ahora sólo agitan la aceituna aterida de las recepciones. Nos lo decían los vociferantes del Yankis, go home, que ahora babean ante el vuelo radiante de los misiles de la OTAN.

Y ahora, nos hemos quedado a solas, extrañados, estancados en nuestra insana fidelidad a las ideas de nuestra juventud. No porque no aceptemos envejecer, como nos dicen con sorna los amigos instalados en los pasillos del poder, sino porque no creemos que se envejezca mejor escupiéndolo sobre algo tan precioso y tan precario como la lealtad a nuestros cimientos, a nuestro afecto profundo por la especie humana y a nuestro rencor intransigente contra quienes causan su desdicha.

Pero están aquí los jóvenes, también. Y nuestra presencia mutua cancela el esfuerzo de separar esa continuidad entre dos generaciones, de romper una tradición, de separarnos en dos esferas de tiempo que hablen lenguajes distintos, incomprensibles. Estamos todos juntos, en estos pésimos tiempos para la lírica, demostrando el poder de las palabras, su victoria sobre la muerte concreta de los hombres y de las mujeres. Las palabras nos convocan a los jóvenes y a los mayores. No porque los de una edad más abundante les cedamos testigo alguno, sino porque la magia de la palabra viva nos permite compartir el mismo tiempo, el mismo espacio sentimental.

No venimos a hablar de Goytisolo,

sino a leerlo. No venimos a mitificarlo, sino a gustar su poesía. Con la de otros, cuya materia mortal ya no está entre nosotros, pero que nos van a acompañar siempre con la eficacia de su voz. Venimos a indicar que la muerte siempre fracasa. Porque, como lo decía otra escritora "social", Wislawa Szymborska

*No existe vida
que, aun por un instante,
no sea inmortal.*

*La muerte
siempre llega con ese instante
de retraso.
En vano golpea con la aldaba
en la puerta invisible.
Lo ya vivido
no se lo puede llevar.*

Junto a Goytisolo, traemos a sus compañeros de ese vagabundeo emotivo por la España del franquismo y el postfranquismo. A Jaime Gil de Biedma, muerto a manos de una enfermedad que, para mucha gente de orden, contiene el impropio moral, el signo de Caín sobre la frente. A Gabriel Celaya, al que una administración regida por tantos ex-jóvenes cantores de su poesía dejó morir en la indigencia. A Blas de Otero, de quien aún se dice que era un mal poeta, un cantor de circunstancias.

Cada uno de nosotros sabe lo que sintió al escuchar por vez primera Palabras para Julia. O cómo reconstruyó su propia peripecia sentimental en Pandémica y celeste, de Gil de Biedma, que creo que es uno de los más bellos poemas de amor escritos en la posguerra.

Detrás de cada poema está el hombre o la mujer que escribe. Y está el hombre y la mujer que lee. Es como

una experiencia de amor, con su juego de seducción previa, con su apetencia profunda, con su penetración y con la impaciencia constante del recuerdo.

Pero lo importante es el poema. Como decía el propio Goytisolo:

*Prefiero que recuerden algunos de mis versos
 y que olviden mi nombre. Los poemas son mi orgullo.*

LUIS CERNUDA

*No decía palabras
 acercaba tan solo un cuerpo interrogante
 porque ignoraba que el deseo es una pregunta
 cuya respuesta no existe,
 una hoja cuya rama no existe,
 un mundo cuyo cielo no existe.*

*La angustia se abre paso entre los huesos,
 remonta por las venas
 hasta abrirse en la piel,
 surtidores de sueño
 hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.*

*Un roce al paso,
 una mirada fugaz entre las sombras
 bastan para que el cuerpo se abra en dos,
 ávido de recibir en sí mismo
 otro cuerpo que sueña,
 mitad y mitad, sueño y sueño, carne
 y carne,
 iguales en figura, iguales en amor,
 iguales en deseo.*

*Aunque sólo sea una esperanza.
 Porque el deseo es una pregunta
 cuya respuesta
 nadie sabe.*

GABRIEL CELAYA

*Esta fuerza extraña
 viva, enmarañada,
 esta entraña a gritos que llamamos España
 está en mí, no la pienso,
 no puedo pensarla según la teoría
 con que quieren castrarla
 los que en nombre de un pasado dicen:
 Gloria, punto y raya.*

*Esta fuerza real que llamamos España,
 rabiosa, suficiente,
 no es gótico-galaico-leonesa-romana,
 ni es árabe, ni griega, ni austriaco-castellana.
 Es ibera, terrible, sagradamente arcaica,
 mi materia y mi magia.*

*Yo no puedo pensarla.
 Yo no puedo decir si España es buena o mala,
 si es triste o violenta, si es hermosa o si mata.*

*Yo no puedo juzgarla
 porque yo soy en ella y ella en mí,
 trascendiendo,
 y así a fondo me sumo fieramente existiendo.*

*Porque soy, porque soy
 tierra roja y cargada sustancia milenaria,
 dulce aceite espesado,
 seco esparto, sal pura, ríos con larga historia,
 cuerpo ibero con venas de metales hirientes
 que fulgen golpeando.*

montañas decididas

en lo llano absoluto de un planeta
pensante
gritos por fin absueltos,
cara a un cielo que todo lo refleja sin
mancha,
voluntades paradas,
gestas que, no la tinta, la geología
exalta,

costas rotas que muerden con amor
violento,
muriendo de su muerte, los mares
más lejanos,
terrones trabajados
por muertos anteriores a la historia
contada,
hazañas de una entraña que aún no
agotó sus formas,
nutre mi carne patria.

¡Que no vengan a decirme que es un
problema
mi España,!

Yo la tengo sin pensarla
y, adorando o maldiciendo, soy
desde dentro
un "¿qué pasa?"

Y este físico misterio
como un cuerpo de amor, me tiene
tanto
que yo mismo no distingo si es que
lo adoro o ataco.

Fiera amante, madre amarga,
te maldigo, me deshago, te violo,
canto claro,
y esta rabia que te grito
es la rabia con que trato de dar a luz
lo más mío
y es mi manera de amarte
y es mi manera de hablarte sin per-
donarme
a mí mismo.

España ciega, mi España
seca, hermosa, exasperante,
ancha España que en vano cabalga,

nunca abarco
España que en mí late
y más y más te afirmas cuanto más
te combato,
y eres yo sin ser mía, no consciente,
de carne.

Como me tienes, te tengo,
como te tengo, me tienes, y poco
importa
qué pienso
pues en ti vivo y respiro.
Tú eres mi aire y mi tierra, tú, mi
cuerpo
y mi elemento,
y al maldecirte, maldigo
de mí mismo porque pienso que aún
no
cumplí lo que debo.

BLAS DE OTERO

Definitivamente cantaré para el hom-
bre.

Algún día -después- alguna noche,
me oirán. Hoy van -vamos- sin
rumbo,
sordos de sed, famélicos de oscuro.

Yo os traigo un alba, hermanos.
Surto un agua,
eterna no, parada ante la casa.
Salid a ver, Venid, bebed. Dejadme
que os unja de agua y luz, bajo la
carne.

De golpe, han muerto veintitrés millo-
nes
de cuerpos. Sobre Dios saltan de
golpe
-sorda, sola trinchera de la muerte-
con el alma, en la mano, entre los
dientes

el ansia. Sin saber por qué mataban:
muerte son. Sólo muerte. Entre alam-
bradas

de infinito, sin sangre. Son hermanos nuestros. ¡Vengadlos sin piedad, vengadlos!

Solo está el hombre. ¿Es todo lo que os hace gemir? Oh, si supiéseis que es bastante.

Si supiéseis bastaros, ensamblaros. Si supiérais ser hombres, sólo humanos.

¿Os da miedo, verdad? Sé que es más cómodo esperar que Otro -¿quien?- cualquiera. Otro, os ayude a ser. Soy. Luego es bastante ser, si procuro ser quien soy. ¡Quién sabe

si hay más! En cambio, hay menos: sois sentinas de hipocresía. ¡Oh, sed, salid al día! No sigáis siendo bestias disfrazadas de ansia de Dios. Con ser hombres os basta.

JAIME GIL DE BIEDMA

Pandémica y celeste

Imagínate ahora que tú y yo muy tarde ya en la noche hablemos de hombre a hombre, finalmente.

Imagínatelo

en una de esas noches memorables de rara comunión, con la botella medio vacía, los ceniceros sucios, y después de agotado el tema de la vida.

Que te voy a enseñar un corazón, un corazón infiel desnudo de cintura para abajo, hipócrita lector, mon semblable, mon frère.

Porque no es la impaciencia del buscador de orgasmo quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos

a ser posible jóvenes:

yo persigo también el dulce amor, el tierno amor para dormir al lado y que alegre mi cama al despertarse, cercano como un pájaro.

¡Si yo no puedo desnudarme nunca, si jamás he podido entrar en unos brazos

sin sentir, aunque sea nada más que un momento,

igual deslumbramiento que a los veinte años!

Para saber de amor, para aprenderle, haber estado solo es necesario.

Y es necesario en cuatrocientas noches

-con cuatrocientos cuerpos diferentes-

haber hecho el amor. Que sus misterios,

como dijo el poeta, son del alma, pero un cuerpo es el libro en que se leen.

Y por eso me alegro de haberme revolcado

sobre la arena gruesa, los dos medio vestidos,

mientras buscaba ese tendón del hombro.

Me conmueve el recuerdo de tantas ocasiones...

Aquella carretera de montaña y los bien empleados abrazos furtivos y el instante indefenso, de pie, tras el frenazo,

pegados a la tapia, cegados por las luces.

O aquel atardecer cerca del río desnudos y riendonos, de yedra coronados.

O aquel portal en Roma -en via del Babuino.

Y recuerdos de caras y ciudades apenas conocidas, de cuerpos entrevistados,
de escaleras sin luz, de camarotes, de bares, de pasajes desiertos, de prostíbulos,

y de infinitas casetas de baños, de fosos de un castillo.

Recuerdo de vosotras, sobre todo, oh noches en hoteles de una noche, definitivas noches en pensiones sordidas,

en cuartos recién fríos,

noches que devolvéis a vuestros huéspedes

un olvidado sabor a sí mismos!

La historia en cuerpo y alma, como una

imagen rota

de la *langueur goutée à ce mal d'être deux*.

Aunque sepa que nada me valdrían trabajos de amor disperso si no existiese el verdadero amor.

Mi amor,

íntegra imagen de mi vida,

sol de las noches mismas que le robo.

Su juventud, la mía,

-música de mi fondo-

sonríe aún en la imprecisa gracia

de cada cuerpo joven,

en cada encuentro anónimo,

iluminándolo. Dándole un alma.

Y no hay muslos hermosos

que no me hagan pensar en sus hermosos muslos

cuando nos conocimos, antes de ir a la cama.

Ni pasión de una noche de dormida que pueda compararla con la pasión que da el conocimiento,

los años de experiencia de nuestro amor.

Porque en amor también es importante el tiempo, y dulce, de algún modo, verificar con mano melancólica su perceptible paso por un cuerpo -mientras que basta un gesto familiar en los labios, o la ligera palpitación de un miembro, para hacerme sentir la maravilla de aquella gracia antigua, fugaz como un reflejo.

Sobre su piel borrosa, cuando pasen más años y al final estemos, quiero aplastar los labios invocando la imagen de su cuerpo y de todos los cuerpos que una vez amé aunque fuera un instante, deshechos por el tiempo.

Para pedir la fuerza de poder vivir sin belleza, sin fuerza y sin deseo, mientras seguimos juntos hasta morir en paz, los dos, como dicen que mueren los que han amado mucho.

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Algo sucede

Amigos, ya lo véis pasan los años y parece que ahora sigan las cosas como el primer día.

Nos hemos reunido ciertas veces en extraños cafés en tu casa en la mía hemos charlado largamente redactado pasquines hasta el alba discutido el problema y siempre nos decimos que esto acaba

que no puede durar
y muchos hemos apostado cenas no
sé dinero
a que antes de fin de año algo suce-
de
y siempre hemos perdido.

Así sin darnos cuenta
entre reunión y papeleo oscuro
entre miedo y registros y porfía
hemos envejecido poco a poco
pasando de la calle a la oficina
del calabozo al fútbol
y de la espera a la melancolía.

Y sin embargo os digo que tenemos
razón
y que vale la pena continuar
porque algo está ocurriendo
algo ha cambiado en este espeso
ambiente:

ellos están cansados
también están cansados
gritan y cantan para no admitirlo
mas sus camisas mudan de color
y duermen mal
y toman pastillitas
ponen dinero en Berna o en Manila
y no saben que el peligro
está cerca muy cerca
no en Cuba ni en Angola
sino en su casa en medio de sus
hijos
en sus despachos y hasta en las igle-
sias
porque el mundo camina
con el paso implacable de hombres
como vosotros
que creen en la vida y que por eso
mueven el mundo sin pegar un tiro
mientras sea posible
o bien pegándolo.